Miércoles, 06 de abril 2016

El fin de la política ordinaria

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/04/the-end-of-ordinary-politics.html

Los Archidruidas pueden tomarse vacaciones, pero la política nunca duerme y durante el mes que ha transcurrido desde el último post en el Informe Archidruida, se ha ido sucediendo un buen número de cosas interesantes para el proyecto de este blog, ante los ojos sorprendidos de quienes prestan atención a la escena política los EE.UU. Trataré algunos otros en las próximas semanas, pero el que más me ha llamado la atención, por razones que confío que mis lectores encontrarán comprensibles, fue la reacción a uno de mis posts publicado hace unos meses titulado "Donald Trump y la política del resentimiento".

No es raro que uno de mis posts sobre un tema controvertido sea republicado en otros blogs y genere mucho debate y comentarios. Por otro lado, cuando escribo algo que en sólo una semana se convierte en el post más leído en la historia de "El Informe del Archidruida", tiene el doble de visitas y casi el doble de comentarios que el segundo más leído, parece justo decir que ha sucedido algo extraordinario. Cuando otro post sobre la decadencia y caída de Hillary Clinton, rápidamente se convirtió en el segundo más leído en la historia de este blog y generó aún más comentarios, parece meridianamente claro que conseguí tocar primorosamente un nervio sensible.

Puede que no haya sido un accidente que a partir del primer mensaje se hayan comenzado a filtrar dos cosas relevantes a través de los medios de comunicación. La primera, y en mi opinión la más prometedora, es que algunos periodistas han conseguido superar los burdos estereotipos habituales, y hablan de las razones reales por las que este año muchos votantes han decidido respaldar las aspiraciones de Donald Trump. Me sorprendió ver un reflexivo artículo de Peggy Noonan[1]en ese sentido en el Wall Street Journal, y me sorprendió aún más ver escritos similares en otros medios de comunicación. He aquí y aquí un par de ejemplos.

Eso sí, en ninguno de los artículos vi referencia alguna a la cruda realidad de la situación que está empujando a tantos asalariados estadounidenses a poner sus últimas esperanzas de futuro en Donald Trump. Incluso el escrito de Noonan —que es mejor que la mayoría y toca un punto importante que examinaremos más adelante— se queda corto. En su análisis, lo que está mal es que un subconjunto privilegiado de estadounidenses han estado a resguardo de los impactos de las políticas de últimas décadas, mientras que el resto de nosotros no hemos tenido ese lujo. Eso es cierto, por supuesto, pero subestima considerablemente las cosas. La clase que está hablando, la mitad (más o menos) acomodada de la clase media (para usar la taxonomía sugerí en mi post) no sólo se ha librado de los problemas que afectan a otros estadounidenses. Se han beneficiado, directa e indirectamente, de las políticas que han llevado al empobrecimiento y a la miseria a gran parte de la clase asalariada, y su siempre parecida respuesta ante cualquier intento de discutir ese incómodo detalle demuestra a las claras que una buena parte de ellos son muy conscientes de eso.

Estoy pensando aquí, entre muchos otros ejemplos, en un artículo revelador de principios de 2012 de un periodista que asistió a una conferencia feminista sobre el sexismo en el lugar de trabajo. Toda la charla trató de cómo las mujeres con trabajos de calidad podrían mejorar sus propias perspectivas de ascenso y cosas así. Dio la casualidad de que la hermana del periodista tiene un trabajo basura, y ella preguntó con bastante sensatez si la conferencia podría dedicar un poco de tiempo para discutir la manera de mejorar las perspectivas de las mujeres que no pertenecer a la clase que tiene buenos salarios. Aquellos de mis lectores que hayan visto debates de ese tipo saben exactamente lo que sucedió después: un poco de visible incomodidad, algunos vagos comentarios de aprobación, y luego una se continúa con los temas anteriores como si nadie hubiera lanzado tan embarazosa sugerencia.

[1] N. del T. **Margaret Ellen "Peggy" Noonan** (1950) es a escritora estadounidense que trata de asuntos políticos, religiosos y culturales. Es columnista del The Wall Street Journal. Fue asistente especial del presidente Ronald Reagan y quien le escribió la mayoría de sus discursos. Tras abandonar la administración Reagan sigue manteniendo una línea conservadora en su obra publicada.

Es algo típico del tabú que rodea a los prejuicios de clase en las naciones industriales de hoy en día, y eso que el periodista ni siquiera mencionó los dos puntos más obvios surgidos en el debate. El primero, por supuesto, es que la línea que trazaron las feministas en el evento (mujeres a quienes les preocupaban los problemas señalados, pero a quienes los problemas de otras mujeres no les importaba lo más mínimo), no era una línea de género, sino una línea de clase. La segunda es que las mujeres que participaron en el evento tenían un razones perfectamente válidas (aunque totalmente egoístas) para haber trazado esa línea. Después de todo, las mujeres en la conferencia tienen que pagar más cada mes la guardería, peluquería, ropa de moda, y similares. La hermandad entre mujeres puede ser poderosa, como gustaba proclamar en las consignas de una época anterior, pero claramente no es lo suficientemente poderosa como para convencer a las mujeres con un buen sueldo para luchar ellas mismas en beneficio de las mujeres que no comparten su estatus privilegiado.

Diré en favor de las mujeres de la conferencia que al menos ellas no empezaron a agitar algún otro tema candente con la esperanza de distraer la atención ante una incómoda pregunta. Esa fue la segunda cosa importante que empezó a ocurrir en mi post a la semana siguiente de su publicación. Todos al mismo tiempo, una gran parte de la izquierda estadounidense, respondieron al auge de Donald Trump, insistiendo a voz en grito que la única razón, la única razón posible, por la que alguien puede apoyar a Trum es que éste es un racista, y por lo tanto también lo son todos sus seguidores.

Probablemente haya que empezar por desenredar esta lógica dudosa, así que echemos un vistazo a lo que realmente se está diciendo. ¿Tiene Trump prejuicios raciales? Sin duda; la mayoría de los estadounidenses blancos los tienen. ¿Sus seguidores comparten estos mismos prejuicios? Por supuesto, algunos de ellos lo hacen, después de todo no todos sus seguidores son blancos, algo que los medios de comunicación de izquierda han tratado desesperadamente de ocultar en las últimas semanas. De todos modos, asumámoslo para seguir desarrollando el argumento de que Trump y sus seguidores comparten realmente toda un colección de intolerancias raciales. Este hecho, si fuera cierto, ¿probaría que el racismo debe ser, por definición, la única razón por la que sus partidarios siguen a Trump?

Por supuesto que no está demostrado que sea el racismo lo que atrae de Trump. La misma lógica absurda se podría esgrimir diciendo que si a Trump le gusta la carne, y muchos de sus seguidores comparten su gusto, el único motivo que sus partidarios tienen para seguirlo es su odio hacia los vegetarianos. Algo que los americanos blancos generalmente no discuten —aunque me han dicho que la mayoría de las personas de color son muy conscientes de ello— es que las cuestiones raciales, simplemente ya no son importantes para los blancos en este país. La defensa frenética y apasionada de la intolerancia racial que caracterizó la era de Jim Crow[2] es rara en estos días excepto entre los supremacistas blancos. Por lo general ha sido sustituida por hábitos de pensamiento y de acción que la mayor parte de los blancos consideran banales y que en consecuencia no generan un movimiento de masas que pudiera presionar a la clase política, apelando a actitudes que la gente que los vota consideran sin importancia.

Detrás de los gritos de "¡racista!", dirigidos a la campaña de Trump por un gran número de liberales blancos acomodados, más bien, se encuentra una realidad bastante diferente. Las acusaciones de racismo tienen muchos papeles en el discurso americano contemporáneo y, por supuesto que existe el racismo real. Pero cuando los liberales blancos acomodados hacen esa acusación, la mayor parte de las veces no están denunciando el racismo real, sino que es un "un silbato para perros".

Probablemente debería explicar que última frase en beneficio de mis lectores que no conocen el argot de Internet. Un "silbato para perros", en la jerga de Internet, es una forma de hablar o una metáfora que expresa algún tipo de intolerancia, al tiempo quien lo emite no parece intolerante, salvo para quien está en el ajo. Es hacer algún tipo de declaración aparentemente inocua, que los fanáticos o intolerantes reconocen mientras que las personas no adoctrinadas no comprenden el mensaje que se emite. Durante el movimiento de derechos civiles, por ejemplo, la frase "derechos de los estados" fue un clásico silbato de perro; los derechos de los estados para legislar en sus territorios querían ser aprovechados por la derecha blanca del Sur para imponer la discriminación racial, pero los portavoces del Consejo de

[2] N. del T. Las leyes de Jim Crow fueron unas leyes estatales y locales en los Estados Unidos promulgadas entre 1876 y 1965, que propugnaban la segregación racial en todas las instalaciones públicas por mandato de iure bajo el lema «separados pero iguales» y se aplicaban a los estadounidenses negros y a otros grupos étnicos no blancos en los Estados Unidos.

Ciudadanos Blancos que hacían encendidos discursos sobre derechos de los estados nunca tuvieron que decir lo que pensaban con tanta claridad. El hecho de que entonces, como ahora, haya muy serias cuestiones sobre el equilibrio de poder entre los estados y el gobierno federal que no tiene nada ver con la raza, pero gracias a ello fueron rotundamente ignoradas por ambos contendientes en la lucha racial, algo que es sólo una ironía más en una situación en la que las ironías no faltan.

De la misma manera, la palabra "racista" en la boca de expertos y políticos que tan generosamente la han aplicando a la campaña Trump es un silbato para perros para algo que ellos no quieren definir tan claramente. Lo que quieren decir con ello, por supuesto, es "la clase de americanos que recibe un sueldo por hora trabajada."

Eso es demasiado habitual. Considere el reciente enfrentamiento en Oregon entre milicianos y funcionarios federales. Mientras estaba ocurriendo, en la blogosfera y en los medios de comunicación más elitistas se empezó a llamar a los miembros de la milicia como "Y'all Qaeda". Los lectores atentos quizá se hayan dado cuenta de que ninguno de los miembros de la milicia procedía del Sur —la única parte de los Estados Unidos, donde "y'all" (todos ustedes) es la forma habitual para el pronombre en segunda persona del plural. Hasta donde yo sé, todos ellos procedían de las tierras áridas del oeste, donde "y'all" no es más común de lo que es en las calles de Manhattan o en Vancouver. ¿Por qué, entonces, la etiqueta tuvo tanto éxito y consiguió la predecible risa burlona en la clase de los trabajadores con buenos trabajos?

Se extendió tan rápidamente y consiguió hacer reír porque a la mayoría de los miembros de la clase de personas con buenos sueldos en Estados Unidos le gusta aplicar un estereotipo específico para la clase de trabajadores que reciben un salario por hora trabajada. Usted conoce el estereotipo tan bien como yo, querido lector. Es obeso, un muchacho de cara sonrosada, con los dientes separados, del buen y viejo Sur, vestido con pantalones vaqueros y una camiseta grasienta, viendo en un sofá destartalado una carrera de NASCAR por la tele. Tiene la mano metida hasta el codo en una bolsa de ganchitos, mientras con la otra acaricia su escopeta. Tiene una gorra de visera con un parche con la bandera de la Confederación y un traje del Klan en el armario del dormitorio. Como descripción de los estadounidenses que trabajan por horas, ese estereotipo es tan burdo, tan intolerante y tan políticamente sesgado como cualquiera otro estereotipo racial o sexual que hoy todo el mundo denuncia,. Pero si uno habla de esto, los liberales blancos ricos preferirían empalarse a sí mismos con sus propios sacacorchos de diseño antes que reconocer lo que piensan: que no es un estereotipo, que es así como en realidad son "esas personas" (los afroamericanos y gente de su calaña).

Habrá lectores que no conozcan a nadie de la clase de personas con buenos trabajos, por lo que no han tenido la oportunidad de escuchar el tipo de discurso de odio que les gusta usar para la clase de trabajadores por horas, pero les podría interesar la última edición del National Review, y leer una notable diatriba de Kevin Williamson(está en un muro de pago, pero aquí les presento una muestra. La fuerza motriz detrás de esta rabieta es el hecho de que mucha gente, en los grupos de base del partido republicano, están votando a favor de su propio interés, y por lo tanto en el de Trump, en lugar de obedecer las consignas que les dan quienes dicen ser sus superiores. ¡La misma idea de siempre! Es una buena muestra de insoportable intolerancia clasista, así como un magnífico ejemplo de cómo a muchas personas con buenos salarios les gusta insistir en que la pobreza es siempre y únicamente la culpa de los pobres.

¿Puedo ser franco, por favor? La razón por la que millones de estadounidenses han visto machacado su nivel de vida en los últimos cuarenta años, mientras que el veinte por ciento de los más ricos se han vuelto aún más ricos, no es un misterio. Lo que ocurrió fue que los intereses de las empresas estadounidenses, ayudados e instigados por un consenso entre ambos partidos en el gobierno y animados por la gran mayoría de la gente con buenos empleos, han extirpado de la economía de Estados Unidos los puestos de trabajo de salario mínimo gracias a dos mecanismos: deslocalizando la mayor parte de la economía industrial de Estados Unidos e inundando el mercado de trabajo interno con millones de inmigrantes legales e ilegales.

Por eso una familia que vive de una paga a tanto la hora (trabajando una jornada normal) en 1966 podría comprar una casa, un coche, tener tres comidas al día y el resto de necesidades y comodidades

del estilo de vida normal de los EE.UU., mientras que una familia actual, con una paga promedio por horas trabajando a tiempo completo en la mayoría delas ciudades de Estados Unidos, hoy está viviendo en la calle. Nada de eso ha ocurrido por accidente; no ha sido un castigo divino, no se ha producido un colapso moral inexplicable en la clase de americanos que cobran por horas que los hiciera incapaces de alcanzar todas esas oportunidades imaginarias de las que tanto alardean los expertos de la clase con buenos sueldos. Ese cambio se produjo más bien por políticas específicas, fácilmente identificables. Considerando todo esto, culpar a los pobres americanos de su propia pobreza, cuando esta ha sido ocasionada por las políticas promovidas por los más pudientes es el exacto equivalente económico de echar la culpa de la violación a la propia víctima de la violación.

En ambos casos, debe tenerse presente que culpar a la víctima permite eludir hablar sobre quién es el verdadero responsable, sobre quién se beneficia del actual estado de cosas y sobre cuáles son los verdaderos problemas. Culpabilizar a la víctima es una efectiva táctica de distracción para desviar la atención de unos asuntos que los privilegiados intentan eludir desesperadamente. Por ello es tan común en los medios de comunicación en estos días. Hay muchas cosas de las que no quieren hablar las personas que conforman la opinión pública en los Estados Unidos de hoy. El hecho incontestable de que las políticas impulsadas por esos mismos formadores de opinión hayan llevado a la pobreza y a la miseria a millones de familias estadounidenses no es la faceta más inconfesable de todas estas cosas. Lo más inconfesable de las cosas, algo que nadie quiere discutir, es el hecho de que esas políticas han fracasado.

Tan sencillo como eso. Las políticas de las que estamos hablando —obscenamente dadivosas para las corporaciones y para los ricos, planes de austeridad que castigan a los pobres, guerras sin fin en el Oriente Medio y en otras partes, perverso abandono de la infraestructura nacional, el poner cara de asombro o emitir vacuos sonidos en respuesta al cambio climático y las consecuencias se nuestro insensato maltrato a la biosfera que nos mantiene vivos—, se suponía que debían llevar a la prosperidad a los Estados Unidos y a sus aliados, que propiciarían un mundo más estable. Esas políticas no lo han conseguido, ni lo lograrán. Con el debido respeto a los partidarios de Hillary Clinton, cuatro años más de las mismas políticas no lo van a cambiar. La dificultad es que nadie en la clase política, y muy pocos entre la gente acomodada están dispuestos a reconocer el fracaso, y mucho menos aprender las lecciones obvias o darse cuenta de las terroríficas cargas que esas políticas han impuesto a la mayoría que se ha visto obligada a asumir los costes.

Aquí estamos en un territorio que ha sido bien trazado de antemano por uno de los historiadores que me han ayudado a guiar el proyecto de este blog desde sus inicios. En su magistral “Estudio de la Historia” en doce volúmenes, Arnold Toynbee analiza con riguroso detalle los procesos por los cuales fallan las sociedades. Algunas civilizaciones, señala, se ven abrumadas por fuerzas ajenas a su control, pero esta no es la causa más común de la muerte que aparece en el obituario de la historia. Mucho más a menudo las sociedades se arrastran por el camino trillado de “decadencia y caída” mientras aún disponen de gran cantidad de recursos para resolver las crisis que los agobian y cuentan con diversidad de opciones que podrían haberlas salvado, pero los recursos no se emplean de manera constructiva y las opciones nunca se tuvieron en cuenta.

Eso sucede porque que las elites políticas de esas sociedades fracasadas pierden la capacidad de darse cuenta de que las políticas que quieren mantener no funcionan. El conjunto de líderes de una civilización pujante presta mucha atención a los resultados de sus acciones políticas y desecha las que no funcionan. Los líderes de una civilización decadente prefieren redefinir el "éxito" como "el resultado del acatamiento de las políticas aprobadas" en lugar de "por la producción de los resultados deseados", y se concentra en blindarse de las consecuencias de sus errores en lugar de reconocerlos y hacer frente a sus consecuencias. Las lecciones del fracaso no se aprenden, de modo que los costes del fracaso se acumulan hasta que ya no pueden ser ignorados por más tiempo.

Aquí es donde la división que propuso Peggy Noonan de la población actual en dos clases “sin protección” y “protegidos” resulta útil. Los miembros de la clase protegida en Estados Unidos de hoy, como ya se ha señalado, son aproximadamente la mitad acomodada de la clase con buenos salarios, que vive dentro de una burbuja que los aísla de cualquier contacto con la mayoría de la población cada vez más y más empobrecida. Por lo que ellos pueden ver, todo marcha bien; todos sus amigos están

prosperando, igual que ellos mismos; las noticias edulcoradas y las estadísticas cuidadosamente manipuladas emanadas de las oficinas del gobierno insisten en que nada podría ir mal. Pasan de una urbanización cerrada a la torre de oficinas, al restaurante más exclusivo, al hotel de superlujo y de allá, vuelta a casa. La idea de que podría ser útil de vez en cuando dar un paseo fuera de la burbuja y ver en qué condiciones está el resto de la país podría asustar al más pintado, si es que alguna vez se le ocurrió a alguien.

En una civilización en ascenso, como señala Toynbee, la elite política se gana la lealtad y el respeto del resto de la población mediante el reconocimiento de los problemas para luego resolverlos. En una civilización decadente, por el contrario, la elite política pierde la lealtad y el respeto del resto de la población porque genera problemas que luego ignora. Eso es lo que hay detrás de la crisis de legitimidad que se habitualmente produce en los últimos años de una sociedad en decadencia y que, a su vez, es el fenómeno más profundo que se encuentra detrás de la subida meteórica de Donald Trump. Si los líderes oficialmente designados de una sociedad no pueden dirigirla y no están dispuestos cambiar de rumbo, tarde o temprano, la gente va a empezar a buscar una manera de expulsarlos a patadas de la historia por cualquier medio a su alcance.

Así, aunque Trump pierda las elecciones en noviembre, ello no significa, ni mucho menos, que haya terminado la amenaza para el status quo. Si Hillary Clinton se convierte en presidente, podemos contar con cuatro años más de las mismas políticas fracasadas e irresponsables que ella ha respaldado ciegamente lo largo de su carrera política. Serían otros cuatro años más en los que millones de estadounidenses —fuera del estrecho círculo de la riqueza— caerán en la pobreza y la miseria, mientras los espantapájaros de la burocracia siguen contando la milonga de que todo está bien. Esa no es una receta para la estabilidad social. Como se ha señalado, aquellos que hacen imposible un cambio pacífico hacer inevitable un cambio violento. Lo que es más, Trump ya ha enseñado a cada demagogo ambicioso del país la manera exacta de conseguir una infinidad de seguidores, y también ha demostrado a un gran número de estadounidenses que reciben su paga por hora trabajada asalariados que puede haber alternativas a un status quo intolerable.

No importa lo intensamente que el establishment siga insistiendo en que las políticas que preconiza son las únicas opciones imaginables, el fracaso en espiral de dichas políticas y los costes terribles que imponen a las personas que están fuera de la burbuja de privilegios garantiza que tarde o temprano lo impensable se convertirá en lo inevitable. Esa es la verdadera novedad de esta temporada de elecciones: el fin de la política ordinaria, y los primeros indicios de una era de cambio convulso de la que quedará indemne muy poco de la sabiduría convencional de hoy.